

Divino esposo de la madre tierra!
 Con tu abrazo fecundo,
 Los ricos dones desplegó que encierra
 En su seno profundo.
 Sin tu sacro tesoro, inagotable,
 De humedad y de vida,
 Qué fuera? — Yermo estéril pavoroso,
 De muerte y aridez solo habitado.
 Suben ligeros de tu seno undoso
 Los vapores que en nubes condensados,
 Y por el viento aligero llevados,
 Bañan la tierra en lluvias deliciosas,
 Que al moribundo rostro de natura
 Tornando la frescura,
 Ciñen su frente de verdor y rosas.

Espejo ardiente del sublime cielo!
 En tí la luna su fulgor de plata
 Y la noche magnífica retrata
 El esplendor glorioso de su velo.

Por tí, férvido Mar, los habitantes
 De Vénus, Márte, ó Júpiter, admiran
 Coronando con luces mas brillantes
 Nuestro planeta que tus brazos ciñen;
 Cuando en tu vasto y refulgente espejo
 Mira el sol de su hoguera inestinguible
 El áureo puro, vívido reflejo.

¿Quién es, sagrado Mar, quién es el hombre,
 Á cuyo pecho estúpido y mezquino
 Tu majestuosa inmensidad no asombre
 Amarte y admirar fué mi destino
 Desde la edad primera:
 De juventud apasionada y fiera
 En el ardor inquieto,
 Casi fuiste á mi culto noble objeto.
 Hoy á tu grata vista, el mal tirano
 Que me abrumaba, en delicioso olvido
 Me deja respirar. — Dulce á mi oído,
 Es tu solemne música, Océano.

Á MI ESPOSA

Cuando en mis venas férvidas ardia
 Su fiera juventud, en mis canciones
 El tormentoso afán de mis pasiones
 Con dolorosas lágrimas vertía.

Hoy á tí las dedico, esposa mía,
 Cuando el amor mas libre de ilusiones
 Inflama nuestros puros corazones,
 Y sereno y de paz me luce el día.

Así perdido en turbulentos mares
 Misero navegante al cielo implora,
 Cuando le aqueja la tormenta grave;

Y del naufragio libre, en los altares
 Consagra fiel á la Deidad que adora
 Las húmedas reliquias de su nave.

NARCISO FOXÁ

Nació en San Juan de Puerto Rico el año 1822, es cubano por eleccion, por temperamento y por la indole de sus escritos. Habiendo estudiado en sus escuelas, nutrido con sus tradiciones, sus versos tienen ese tinte exótico y melancólico que se nota en la mayor parte de los poetas que han nacido en Cuba.

Las primeras composiciones de Foxá fueron recibidas con aplauso, y el Liceo de la Habana, en sus mejores tiempos, premió mas de una vez sus versos en los *Juegos Florales*. Publicó en Madrid un volumen de poesias durante su viaje a España.

Vuelto á Cuba, apenas ofrecía de vez en cuando á los periódicos literarios alguna que otra composicion, hasta que por fin enmudeció enteramente entregado á mas recios y fructuosos trabajos. Destino común en América á todos los que cultivan las letras!

CANTO A LA NATURALEZA DE CUBA

Cual jóven adalid que en el torneo
 Resuelve no lidiar, y se presenta
 Á pié, sin armadura y ostentando
 Estoque rico de festejo y gala,
 Blanco jubon de verde acuchillado,
 Ancha gorguera de vistosos pliegues,
 Recogida la negra cabellera
 En numerosos bucles que aprisiona
 El chambergo sombrero; entre las damas
 Ocupando las altas galerías,
 Mas que á la lid, dispuesto al regocijo;
 Y al escuchar el nombre de la hermosa
 Que ha de premiar al vencedor, conoce
 En ella á su adorada, y de repente
 Salta del puesto, todo lo atropella,
 Ármase en breve sin prolijo esmero,
 Con negra cota y casco pavonado,
 Y así corre al combate decidido,
 Sin mote en el paves y sin empresa,
 En noble sed ardiendo de victoria, —
 — De tal manera al escuchar tu nombre,
 Cuba gentil mi tierra idolatrada,
 Tema feliz de la sublime liza
 Que se prepara al génio y al talento,
 Me apresto á combatir: arde en mi frente
 La inspiracion de un tiempo mas dichoso,
 Y preludiando la armoniosa lira
 Mi voz levanto de entusiasmo llena. —
 — ¡El lauro! el lauro! Mis marchitas sienes
 No le pudieran sostener. — En otras

Do brille la ventura y la esperanza
 Ha de hallarse mejor: — yo solo aspiro
 Á cantar y no mas, porque á mi labio
 Mengua fuera callar cuando tu nombre
 Es el asunto de los cantos.... Cuba!
 Nunca el baldon de enmudecer pudiera
 Caber en este pecho que respira
 Siempre por tí, con férvida ternura. —
 — Mas, ¿cómo la victoria consiguiere
 Yo que en el ancho campo de la vida
 Arrastro un corazon que no conmueven
 Ilusiones ni amor?... ¡Corazon triste!
 Flor sin aroma; ruiseñor sin canto,
 Ave sin plumas y bajel sin vela!
 ¡Salve, ó tú, venturosa hija del cielo,
 Perla ceñida por azules mares:
 Tú que cubierta de eternal verdura
 Te aduermes con placer al blando ruido
 De tus gallardas palmas y tus brisas,
 Escuchando la voz del Océano
 Que al tocar en tus costas virginales,
 Su altiva furia deponiendo, en ellas
 Quiebra amoroso sus crespadas olas! —
 Apacible deidad, en cuyo seno
 Nunca sonara de discordia el grito,
 Ni del cañon el trueno pavoroso,
 Ni sangre humana en hórrida pelea
 Pudo manchar tu manto de esmeralda —
 Jamás cerraste los piadosos brazos
 Al extranjero que arribó á tus playas.

Amor! Piedad! Beneficencia! — triple
Corona de esplendor tu sien circunda!
Edem del Universo! por tí pasan
Sin hacerse sentir las estaciones.
El revoltoso otoño no despoja
Á el árbol de sus galas, ni el estío
Seca la flor en tus risueños prados,
Ni el aterido invierno en la natura
La palidez imprime de la muerte.

Venid, si lo dudais: venid conmigo,
Hora que reina la aridez do quiera,
Hora que deja la mansion del Bóreas,
Y de espesa neblina circuido,
Recorre el mundo el Númer que preside
La estacion invernal. — Entre cristales
Detiene su corriente el arroyuelo,
Y la nieve corona el alto monte,
Y cubre el suelo, y del igual camino
Borra el sendero al triste caminante. —
El tímido pastor á la cabaña
Torna con el rebaño, ocioso yace
El trabajado apero, y ¡cuántas veces
De hambre ¡gran Dios! el desdichado espira! —
Oh! desde el Polo al Ecuador en vano
Corre afanoso el Sol, y en vano quiere
Hasta la tierra penetrar, que el yelo
De sus rayos benéficos resiste
Al desmayado ardor.....

Venid conmigo!
Apartaos de escena tan funesta:
Ojos y corazón tornad á Cuba. —
Bajo este cielo azul, limpio y sereno,
Do brilla siempre el Sol, do nunca el frío
Roba de Primavera los encantos,
Contemplemos la ceiba majestuosa,
Reina del bosque, de verdor cubierta: —
La ceiba secular, que acaso ha visto
Generaciones ciento sucederse,
Inmóvil siempre, cual padron eterno,
De virtudes y crímenes testigo.
La palma sin igual, cuya apostura
El dórico cincel envidiaria,
Y competir pudiera en gentileza
Con las un tiempo célebres columnas
Que Ménfis y Palmira levantaron. —
El índico mamey, el delicioso
Anon que guarda en recamado seno
Blanca crema mas dulce y olorosa
Que el manjar de los dioses celebrado.
El cocotero excelso, el mango erguido,
Aquel cual rico manantial que el cielo
Próvido puso en abrasante clima,
Este el sabroso fruto sustentado
Mas bello que el albérchigo amarillo.
Ved el yagruma de plateadas hojas,
El caimito preciado, el tamarindo,
Cuyas pomposas, y extendidas ramas

Roban la luz al sol y le oscurecen,
Y de Julio en las siestas calurosas
Sombra á que descansar brinda apacible:
El agreste jagüey, fácil remedo
De humana ingratitude, pérfido ahogando
El propio tronco que le dió la vida. —
¡Alta leccion que el hombre no comprende! —
— Otra mas bella ofrece la modesta
Púdica sensitiva, que al contacto
De la mano sus pétalos uniendo,
Dobla mústia la frente y vergonzosa
Hasta que el nuevo Sol la purifica.
Á su lado la altiva pitahaya
Desplega la magnífica corola,
Sin pensar en su loco desvarío
Que la naturaleza le concede
La pasagera edad de un breve dia.
Mas allá la mudable malva-rosa,
Blanca al amanecer, roja á la tarde,
Como el hombre á la luz de la fortuna,
Ella á la luz del Sol cambia colores.
Pero las nubes de carmin y grana
En Occidente ya, bordadas de oro,
En espléndido tálamo reciben
Al padre de la luz. — Cuando su manto
De estrellas brilladoras salpicado
Tienda la noche plácida y tranquila,
No temais que os asalte en la espesura
Serpiente ponzoñosa, hambriento lobo,
Tigre traidor ó sanguinaria hiena.
Nunca de Cuba en los dichosos bosques
Las carnívoras fieras habitaron. —
Así, al murmullo de sus verdes ramas
Al arrullo del cántico suave
Del pájaro nocturno, en la maleza
Se duerme sin temor el pasajero.

Mas, descendamos de la cumbre al valle.
— Ancho sendero de alterosas palmas
Sembrado de silvestres maravillas
De lirios y aguinaldos, blando ofrece
Mullida alfombra de menuda grama.
Ya se alcanzan á ver allá á lo léjoso
Cual cintas de coral sobre verdura
Las anchas y derechas guarda-rayas.
Que dividen en cuadros armoniosos
Los cafetos riquísimos, cubiertos
De blanca flor y de purpúreos granos. —
¿No percibís el aura embalsamada? —
¿Suave perfume respiráis en torno? —
Lo exhala el fruto que en dorados vasos
Luego apurais cual delicioso néctar.
El exita la mente, y predispone
El ánimo á gozar; — por él mil veces
Clamó el amante y suspiró el poeta. —
Sobre su linda copa protectoras
Sus hojas tiende el plátano sonante.
El plátano! — magnífico presente
Que la naturaleza al hombre hiciera: —
Fruto de bendiccion! — don el mas bello

De cuantos el Señor con franca mano
Á Cuba concedió! — Ved cual se dobla
De los racimos ópimos al peso. —
— Sin prolijos cuidados nace y crece
Alimentando al pobre y al esclavo,
Y al fenecer renuévase cual Fénix
En los pequeños hijos que le cercan. —
Mas allá contemplad la egregia piña
Con su diadema espléndida aclamada
Reina feliz del vegetal imperio.
Ella de nuestras playas conducida
Es á la culta Europa, y cual regalo
De alta estima y valor, adorna luego
Las mesas de los príncipes y reyes.
No léjos crece en multitud profusa
El algodón blanquísimo que ostenta
En broches de oro sus nevados copos. —
Pero alcanzo á mirar en lontananza
Las amarillas cañas, cuyo seno
De pura miel, al labrador ofrece
En aparente mármol convertido,
Pródiga recompensa, y por el Mundo
De Cuba el nombre y la riqueza extiende. —
Allí nace el cocuyo de esmeralda
Viviente antorcha de la noche umbria
Que alumbrá al Campesino en la espesura
Y al africano triste en su cabaña. —

Oh! cuántos dones á mi pátria hermosa
Concedió la deidad omnipotente. —
Y entre todos ¿será que el rudo verso
Que hoy la consagro, de entusiasmo santo
Latiendo el corazón, será que olvide
Su tesoro mayor, su mayor gloria? —
El tabaco! — Su aroma delicioso
Encanta al sabio y enloquece al necio. —
Al que prueba el amargo desengaño,
Al que de un pueblo los destinos rige,
El poderoso á quien abrumba el tiempo
Que no sabe emplear, al que lamenta
La pérdida del ser que mas amara,
Al infelice que doliente llora
Ausencia triste ó desamor; á todos
Consuela y calma, y en placer suspende;
Y hasta el mísero esclavo su amargura
Con él disipa y la esperanza alienta. —
Don especial á Cuba concedido,
Planta preciosa que jamás lograra
En ninguna region, en ningún clima
La tierra producir; mas, envidiada
Do quier y apetecida, el orbe entero
En mil naves de reinos diferentes
Cual tributario corre á estas arenas
En pos del fruto de mayor valía.

Tierra de amor! — tu venturoso seno
El duro jaspé y el metal esconde.....
Pero ¿á qué penetrar en las entrañas

De la tierra feraz? — ¿Ni qué riqueza
Pudiera competir con la que ofrecen
Tus cafetos, tus cañas amarillas,
Tu tabaco riquísimo..... tesoro
De mas valor que la luciente plata,
Mayor que el oro y las preciosas piedras?...

Aquí la voz debilitada espira: —
Ya no es posible proseguir el canto. —
— Pájaros de los bosques! — á mi lengua
Conceded de la vuestra la armonía!
Dame, sinsonte, tu robusto acento: —
Prestadme vuestro arrullo enamorado
Que el alma hiere, lánguidas tojosas —!
Del monte descended, sonoras aves: —
Pintadas mariposas, tocororos
De bizarro matiz, sunsun ligero,
Que solo te alimentas de las flores,
Tomeguín saltador..... ¡oh! quién pudiera
Copiar vuestra belleza, y vuestro canto
Diestro imitar en verso artificioso! —

Inútil afanar! — El arpa en vano
Una vez y otra vez recorro ansioso.
Sorda está, no responde..... Yo creía
Que de mi Cuba al nombre resonara
Con mas fuerza y vigor; — pero si muda
Burló mi anhelo y mi fervor, ¿qué importa? —
Aquí en mi pecho abrasadora llama
Arde, y arde sin fin, de patria al nombre! —

Yo te amo, oh Cuba; — en tu dichoso suelo
Mi cuna se meció: — tu hospitalaria
Tierra, que riego con acerbo llanto,
Guarda los restos de la madre mia: —
Bajo tu cielo transparente y puro,
Por vez primera el amoroso acento
De una beldad oí; — por tí clamaba
En lejana region, y tus arenas
Han de cubrir mi triste sepultura. —
Oye el férvido voto que levanto
Al Supremo Hacedor: — Él te conceda
Larga prosperidad: — benigno aparte
De tu virgínea frente la discordia: —
Nunca turbe la guerra fratricida
La dulce paz de tu mansion felice.
Que el *génio* del saber, entre tus hijos
La ilustracion, espléndido, difunda.
Ellos pulan el mármol de tu seno,
El metal de tus minas, y dirijan
La fuerza del *vapor*: — ellos conduzcan
Por ignotas riberas tus bageles. —
Brillen al par las ciencias y las artes
En tu suelo dichoso, y pueda un dia
El Orbe todo con envidia verte
Grande cual Tiro, sábia como Aténas!

FRAGMENTOS DEL CANTO ÉPICO

SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, POR CRISTÓBAL COLÓN

Llegó por fin el plazo apetecido,
Y viéronse las lindas carabelas,
El duro cable apenas dividido,
Coronadas de jarcias y de velas.
Hallábase su bordo abastecido
De municiones, armas y de telas,
Y gallardas el puerto atravesando
Iban su gentileza demostrando.

La aurora coronada de azucenas
Con sus dedos de rosa descorria
En el Oriente, perezosa, apenas
Las cortinas magníficas del día;
Y ya las auras, de fragancia llenas,
Daban vida á los campos y alegría,
Cuando aguardaba la señal primera
La gente de Colón en la ribera.

Allí el hermano al cariñoso hermano
Une á su corazón en lazo estrecho;
La madre desolada, el padre anciano
Lloran del hijo sobre el tierno pecho:
La virgen pura el rostro soberano
Torna á su amado en lágrimas desecho,
Y el ósculo de amor púdica siente
Por la primera vez sobre su frente.

¡Oh! ¿Quién de tan funesta despedida
Podrá pintar la dolorosa escena,
Y tanta y tanta lágrima vertida
Que humedecieron la salada arena?
Mi mente en este punto entretenida
Vagar quisiera de ternura llena;
Mas no me es dado, no, pasar delante
Que llama mi atención el Almirante.

Vedle: allí viene, de entusiasmo lleno,
Añable rostro y plácida sonrisa,
Formas gallardas y elevado seno,
Con airoso desden la tierra pisa.
El génio altivo en su mirar sereno
Á la par del talento se divisa
Y allá en su frente á descubrir se alcanza
La fé, la inteligencia y la esperanza.

« Valientes compañeros, que la suerte
Unió conmigo con estrechos lazos,
En cuyos ojos el afán se advierte
De llegar y vencer en breves plazos;
Con hórridos peligros, con la muerte
Han de luchar vuestros robustos brazos;
Allá os aguardan tempestades, guerras,
En mar extraño y en lejanas tierras.

« Mas tras largo afanar... ¡Cuánto de gloria
De riqueza y poder allí os espera!
Nunca podrá borrar vuestra memoria
El tiempo destructor en su carrera;
Que ni apreciá el valiente en la victoria
Sino tras lucha prolongada fiera,
Ni por empresas débiles suspira,
Ni á fácil triunfo su valor aspira.

« Vosotros, que venciendo la fortuna,
Doblar al moro hicisteis la rodilla,
Humillando la altiva media luna
Ante las rojas cruces de Castilla,
¿Dudareis, temereis cuando en la cuna
Blandisteis formidable la cuchilla?
No: primero faltará el Sol al día
Que en el pecho español la bizarría.

« Plantar la santa enseña de los fieles
En un mundo infeliz desconocido
Derrocando los ídolos crueles
Por la ignorancia bárbara érigidos:
Ved el triunfo inmortal, ved los laureles
Que espera nuestro aliento enardecido;
Esa es la causa, la misión es esa
Que nos dirige en tan sagrada empresa.

Cerró la noche: — pálidas estrellas
Su lumbre opaca demostrar quisieron,
Pero al punto al fulgor de las centellas
Para mas no brillar desaparecieron.

Ráfagas tempestuosas en pos de ellas
De las olas pirámides hicieron,
Que se lanzaban con furor violento
Á sorprender el alto firmamento.

Pero Colón con calma y confianza,
Aunque sombrío y con semblante adusto,
Y sin temer la muchedumbre fiera,
Comenzóles á hablar de esta manera.

« Gente sin fé, que el porvenir hermoso
Despreciáis que la suerte os reservara,
¿Cómo al tocar el término dichoso
De tanto y tanto afán, volveis la cara?
No temo vuestro acento tumultuoso,
Ni me acobarda vuestra audacia rara;
Mas aguardad un día, solo una hora...
¡Tierra tendreis al despuntar la aurora!

Si en el clamor de retornar á España
De mi muerte el afán viene encubierto
Venid; saciad la vengativa saña:
Aquí teneis mi pecho descubierto.
Pero despues, desde region extraña
¿Quién llevará la nave al pátrio puerto? —
— Sin rumbo, errantes vagareis perdidos
Y sereis en las olas sumergidos. » —

Retrocede la chusma horrorizada
De sus palabras la verdad palpando,
Y mirase su furia disipada
Como á la luz del Sol el hielo blando.
Y como ya de la borrasca airada,
El desecho furor iba amansando
Despues que el breve plazo concedieron,
Al sueño y al cansancio se rindieron.

De súbito relámpago radiante
Rasgando las tinieblas resplandece,
Y una vision magnífica y brillante
Entre las rotas nubes aparece.
De las confusas sombras al instante
La lobreguez horrible desaparece,
Y al rededor de la deidad divina
Con roja luz el cielo se ilumina.

Como ligera nube que vacila
Y á merced de los céfiros ondea,
Así al bajar en espacio oscila
La blanca, pura y misteriosa Dea;
Radia cual sol su frente: en su pupila
La luz de los volcanes centellea,
Y de su boca la gentil sonrisa
Entre coral y perlas se divisa.

No tan bello en verdad fantasma alguno
Pudo crear la griega fantasía
Ya en los nudosos campos de Neptuno,
Ó ya de Marte en la palestra impía;

Con mil y mil relámpagos parece
Que del cielo la bóveda se inflama:
Arrecia el viento, y la tormenta crece
Y el ronco trueno entre las nubes brama.

Todo su horror naturaleza ofrece
Del veloz rayo á la sulfúrea llama,
Y los cetáceos monstruos asombrados
Abandonan sus antros reservados.

Al impetu doblado de las olas,
Entre el horror de la tiniebla umbría,
Contrastadas las naves españolas
Pierden el rumbo y el gobierno y guía.
Rotos los cables, apartadas, solas,
Pugnan en vano por abrirse vía,
Y unas á otras se ven á un tiempo mismo
Ya en las nubes tocar, ya en el abismo.

No hay esperanza ya. — La muerte horrible
Súbita asalta á la esforzada gente,
Y al mirar que salvarse es imposible
Queda rendido su ánimo valiente.

Alguno hay que en trance tan terrible
Dirige al cielo súplica ferviente,
Quien el perdón de sus errores pide,
Quien de la madre ausente se despide.

Otro recuerda su perdida España,
El blando fuego del hogar paterno,
La madre, el hijo: la ternura extraña
De aquella á quien juró cariño eterno:
Aquella que por él acaso baña
Con lágrimas de hiel su pecho tierno,
La de los dulces ojos de zafiro,
Bella ocasion de su primer suspiro.

« Tornemos, » dicen unos, « si, tornemos
Rumbo á Castilla, y el iluso muera:
Tan atrevida empresa abandonemos
Donde la muerte en galardón se espera.
Volvámonos á España: no esperemos
Tocar el fin de nuestra suerte fiera,
Queden con él sus esperanzas solas,
Pues semejantes son, entre las olas. »

En tanto, sin temor al fiero norte
Ni al rudo empuje de la mar hinchada,
Serenó estaba el genovés piloto
Aunque la faz un tanto demudada.
Y mientras crece el miedo y alboroto
De la marina gente atribulada,
Ante sus ojos puesto el astrolabio;
La mano en el timón, medita el sábio.

Mas la turba insolente se abalanza
Trocando en ira y en furor el susto,
Y á la popa frenética se lanza
Contra el héroe blandiendo el hierro injusto;

Ni *Pallas* fiera, ni la altiva *Juno*;
Ni *Vénus* misma competir podría,
Con la beldad, la gracia soberana
De la hermosa vision americana.

¡Colon, Colon! perdona si te agravio
Cuando pretendo discantar tu gloria,
Que el aplauso del nécio ofende al sábio
Aunque empañar no puede su memoria.
Tengo en la mente, y en el alma y lábio
Desde muy niño tu brillante historia,
Y ha sido para mí despues de adulto,
Tu sepulcro un altar, tu nombre un culto.

Siempre que llevo al solitario templo
Y al fondo de sus largas galerias,
El cenotafio espléndido contemplo
Que encierra dentro tus cenizas frias;

Digo tu nombre de lealtad ejemplo,
Y el llanto asoma á las pupilas mias,
Porque miro una mancha que mancilla
Los blasones ilustres de Castilla.

Pero ¿qué digo? — La traidora mano
Que tus brazos cargó de hierro duro,
¿Puede jamás del pueblo castellano
El renombre empañar y el honor puro?
¿Quién sostuvo tu aliento soberano
Y dió á tu frente galardón seguro?
¿Quién compartió tus riesgos mas prolijos?
¿Quién, sino España y sus valientes hijos?

Á tu memoria el genovés levanta
Jigante estátua que respeta el viento,
De noble aspecto y de riqueza tanta
Cuanta puede crear el pensamiento.

Pero la patria que tu nombre canta
Y te consagra eterno monumento
¿Qué parte tuvo en tu inmortal hazaña?
¡ Toda tu gloria pertenece á España!

RAMON VELEZ HERRERA

Nació en la Habana en 1808. Desde niño mostró una afición decidida á la literatura, especialmente por el cultivo de la poesía. Despues de Heredia, las musas cubanas dormían en profundo letargo: el movimiento literario era casi nulo: entonces resonaron los primeros versos de Velez Herrera, inaugurando una época brillante, como los primeros céfiro que anuncian la estacion de las flores. Este es uno de los títulos que le hacen acreedor á ocupar un buen lugar en la historia de la naciente literatura cubana.

En 1830, publicó el primer tomo de sus poesias; en 1837, el segundo; en 1838, el tercero; en 1840, *Elvira de Oquendo ó los amores de una guaguira*. En 1843, *Los dos novios de los baños de San Diego* (comedia); en 1849, *Las flores de otoño*. En 1858, publicó otro tomo titulado: *Romances cubanos*, y unida á esta coleccion, su tragedia en cinco actos *Napoleon en Berlin*.

Velez Herrera ha sido el único que ha cultivado la poesia en Cuba con una constancia no interrumpida. Empezó en 1829, y escribía con el mismo entusiasmo en 1856.

Velez Herrera ha escrito, desde la *Moda* hasta la *Revista de la Habana*, en casi todos los periódicos quincenales con general aceptación.

LA FLOR DE LA PITAHAYA

Una noche deliciosa
Que la luna derramaba
Su diáfana claridad
Sobre los montes de Guara.
Que las graciosas sitieras
Bellas y regocijadas
Pasaban la noche buena
Bailando como de Pascua,
Sin que el temor las aflija
Ó las turbe la desgracia,
Sienten un vivo rumor
Y ven por la encrucijada
Cómo los aires rompía
En una hermosa potranca
Una gallarda mujer
Tan bella como bizarra:
Sencillamente vestía
Sembrado de estrellas blancas
Un traje azul, ostentando
Con una inocente gracia
Al soplo del cefirillo
La flor de la Pitahaya.
Entra, y las lindas sitieras
Los ojos en ella clavan,
Y como heridas del Sol
Quedan todas deslumbradas.
Sobre las trenzas tan negras
La bella flor resaltaba

Y lo blanco de las hojas
Y el verde del esmeralda
Como un disco relucía
Formando una mezcla rara
De tornasoles rogizos
La flor de la Pitahaya.
Cortóla en los manantiales
De aguas serenas y claras,
Sentóse en la fresca yerba
En las lindas guarda-rayas
De zapotes y bambúes
Que dan entrada á su casa.
Rogóle Genaro fuera
Con la hermosa flor á Guara,
Y ella por corresponder
Á sus amorosas ansias
Ciñó en su airosa cabeza
La flor de la Pitahaya.
Apenas rompe la orquesta
Ya las sitieras pasmadas
Envidian los atractivos
De la deidad sobrehumana,
Que una vestal parecia
Por lo bella y lo gallarda.
Prendando los corazones,
Y arrastrando las miradas
De la alegre muchedumbre
Recorre Elena la sala.

Uno le arroja un pañuelo,
Otro la requiebra y canta,
Aquel le fija los ojos,
Esotro admira sus gracias;
Y cual las parleras aves
Despiertan en la enramada
Saludando con sus himnos
La hermosa vuelta del alba,
Así saludan gozosos

La flor de la Pitahaya.

Genaro acercóse á ella,
Miróla, y con faz turbada
Sacóla bailando airosa
Con tal donaire y tal gala
Que la concurrencia al verla
De júbilo se arrebató.
Atónitos los guajiros,
Á solas se preguntaban
Quién era aquella mujer
Cuya belleza encantaba,
Y supieron que era Elena
Que aquella noche hasta Guara
Vino solo por lucir
La flor de la Pitahaya.

En tanto la guagirita
Se mece como una palma,
Ó como el junco de un río
Tan flexiblemente baila,
Que en el duro suelo apenas
Los pequeños piés estampa.
Cuando súbito clamor
Alzan galanas y damas,
El pueblo flores arroja,
Cúbrese el aire de capas,
Y en tumulto resonar
Se oyen vivas y palmadas
Que aturden con ronco estruendo,
¡Gloria á Elena! todos claman,
Y gloria á Elena responden
Los ecos en las montañas.
Ella con noble ademan
Saluda cruza la sala,
Monta su yegua ligera
Y con las riendas terciadas
Velozmente se despide
Como una flecha lanzada
Del arco, tendiendo al viento
La flor de la Pitahaya.

EL REGATEO

En dos bandos divididos
Estaban Guara y Melena,
Y al disputar se deciden
La palma de la carrera.
Son dos pueblos afamados
Por la gallarda destreza
Con que dominan sus hijos
De un caballo la impaciencia.
Bajo floridos piñones
Que aquí y allí se despliegan,
Agólpanse alborozados
Los mozos y las sitieras.
Cerca de un verde emparado
De jazmines y violetas
Coronado de aguinaldos
Y de graciosas verbenas,
La alegre función presiden
Tomasa y la bella Elena,
Las dos son lindas y airosas,
Las dos seducen al verlas
Y si una es la flor de Guara,
La otra es el sol de Melena.
Los dos gallardos mancebos
De improviso se presentan
Á regatear sus caballos
Con increíble presteza.
Uno es Genaro el Guagiro
Celebrado de Melena
Que en trepar cocos y palmas

No conoce competencia,
Ni en escudriñar los bosques
Y embestir en la maleza
Al cerdoso jabali
Medio oculto entre las breñas.
Que recorre las sabanas
Alcanzando en ligereza
Al azorado novillo,
Y lo alcanza en la carrera.
Era el contrario Juan Lopez
Que no hay del Cuzco en la sierra
Un palenque que no admire
La fama de sus proezas.

Mozo aun de esbelto talle,
Bravo, la color triguieña,
Muy conocido en los gallos,
En los bailes y en las ferias.
Cantador al son del tiple,
Ó del güiro entre sitieras:
Pero valiente y gallardo
En la jaca sabanera
Como un airoso ginete
Salta impetuoso una cerca,
Se precipita en un río,
Ó de un monte se despeña.
Viste Genaro de blanco
El calzon, camisa suelta,
Y dos lindas esmeraldas
Adórnanle la pechera,

De corte bajo el zapato
Con lazos de cintas negras,
Y en el sombrero de paja
Descubre una marañuela,
Flor que le ciñó amorosa
La gallardísima Elena.
Monta un fogoso caballo
De tal arranque y fiereza
Que los mozos del partido
Lo conocen por Candela.
De crines largas, los ojos
Vivos, que fuego centellan,
Ancho pecho, liso casco
Y la cola muy espesa.
El mozo que lo dirige
Con tal gracia lo maneja
Que cuando vuela impetuoso,
Lo hace ceder á la rienda.
Viste también el rival
Con sencillez y modestia,
Calzon de menudas pintas,
Rico pañuelo de seda
Azul, al cuello ceñido
Con gentil donaire ostenta.
En el sombrero de paja
Una siempre-viva lleva
Cuyos matices rojizos
Entre las hojas reflejan,
Que ni marchitan los soles,
Ni el frío invierno las seca.
Rige una jaca tordilla
Llamada la Sabanera,
Que en seis horas caminó
De Tapaste á la Bermeja.

Se oye un ligero murmullo,
Y fogosos se presentan
Los dos ardientes rivales
Ganosos de la pelea.
Á una señal los ginetes
Se arrojan á la carrera,
Y desaparecen envueltos
En nubes de polvo espesas.
Si veloz corre el caballo
De Genaro, en ligereza
No saca ventaja alguna
Á la jaca Sabanera.
Relinchan entrambos brutos,
El suelo herido retiembla,
Y vueltos á despedir
Ni aun se descubren sus huellas.
Llegan al linde trazado
Que una ancha zanja atraviesa,
Y que limita el camino
Que se extiende entre dos cercas.
Al descubrirla la jaca
Retrocede, titubea;
Pero clávale al hjar,
Lopez, entrambas espuelas,
Y al rayo que surca el aire

En rapidez asemeja:
Indecisa la victoria
De nuevo la lucha empeñan,
Y el caballo de Genaro
Á saltos mide la tierra.

El impetuoso animal
Ostigado en la carrera
Al punto de que salió
Antes que el contrario llega.
Se encabrita, alza las manos,
Dale el ginete una vuelta,
Y arrancándolo furioso
Salva la distancia inmensa.
Queda vencida la jaca,
Pero viva y andariega
Bañada de blanca espuma,
Vuelve á correr y jadea.
El ginete se enfurece,
La anima á gritos, la apremia,
Y tras el fiero caballo
Como el relámpago vuela,
Llega de nuevo á la zanja,
Y de nuevo el bruto ceja,
Se resiste y espantado
Bufa, brinca y cabecea.
El intrépido rival
Vé la zanja en la carrera,
Y salvándola de un salto
Dobla la rodilla en tierra.
Genaro, el cuerpo inclinado,
Medio caído, la diestra
Alza, y tocando al caballo
Vuela con tal ligereza
Que dando saltos y botes
Deja atrás la Sabanera.
Los azorados caballos
Mueven las manos y tiemblan,
Y esperando la señal
Baten el suelo y golpean.
Tres veces logró Genaro
La palma de la carrera.
Entre los vivas y aplausos
Que alzaba la concurrencia:
Y al ver que con lindas manos
La regocijada Elena
Una guirnalda le ciñe
De tuyas y madre-selvas,
Juan Lopez desparovido
Abandona la palestra,
Y en la jaca arrebatado
Vuela y se esconde en la selva.
Los galanes y las damas
Admiran la gentileza,
Y saludan al pasar
Al ginete de Melena;
Que veloz se despedía,
Y trasponiendo la sierra
Quiere mudar el caballo,
Y zapatear con Elena.

LA PELEA DE GALLOS

Una mañana de Pascua
Del Guayabal á la Ceiba,
No quedó un aficionado
Que á las Mangas no corriera
Á presenciár de los gallos
Las celebradas peleas.
Apenas la luz del alba
Dora los montes risueña,
Cuando de airosos ginetes
Nuestros caminos se pueblan.
Entre todos se distingue
Por su gallarda apariencia,
Noble ademan, bella estampa,
Juan Perez el de las Vegas.
Monta el bizarro guajiro
Un caballo de piel negra,
Casco liso, fuerte pecho,
Ojos vivos, crin espesa,
Tan ligero en regatear
Que la cola en la carrera
Oculta el ligero bruto
Entre las delgadas piernas.
El mancebo que lo rige
Corriendo se gallardea
Y apenas toca al pasar
Á las puntas de las piedras.
Sencillamente vestía
De blanco, y en la cabeza
Atado muestra un pañuelo
De listas y calza espuela,
Macheté al cinto, terciado,
Y de paja de la tierra
Luce un sombrero tejido
Que parece fina tela. —
Un gallo lleva en la mano,
Terror de Guara y Melena,
Que cuando pica á un rival
Muere al punto ó aletea.
Llega á las Mangas, las calles
Se cubren de gente inquieta
Que del sangriento combate
Solo la señal espera.
Agópanse los curiosos,
Y cuando el galan pasea
Los ojos del pueblo fijos
En la carrera se lleva.
¡Es Juan Perez! gritan unos,
¡El gallero de la Ceiba!
Claman otros, y sonando
Va Perez de lengua en lengua.
Encaminóse gallardo,
Y soltando entrambas riendas;
El intrépido ginete
Se arroja de un salto en tierra.

Pisa la valla; saluda;
Y el pueblo le victorea
Porque es el mozo mas rico
Que hay de San Diego á la Ceiba.
¡Juan Perez! exclama absorta
Al verlo la concurrencia
Formando un estruendo ronco
Que al turbado mar semeja
Cuando con sordos bramidos
Azota nuestras riberas.
Serenóse la algazara,
Y con varonil presencia
Rompe la turba apiñada
Juan Perez con faz serena.
— Aquí está el gallo, es valiente,
Y con cien onzas se juega,
Sin medir los espolones,
Ni sugetarlo á la pesa.
Dice; y lo arroja orgulloso
Con tan vigorosa diestra
Que al caer abre las alas,
Y ufano se gallardea.
Era el bizarro animal
De la raza de las Sierras,
Ágil, intrépido, osado,
Largo pico, pluma negra,
Cuello erguido, corvas nias,
Descarnada la cabeza.
Clava los ardientes ojos,
Escarba y pica la tierra,
Sacude el cuerpo y cantando
Con fiero ademan pasea.
— Acepto el reto; cien voces
Se oyen á un tiempo y resuenan,
Porque si admiran del gallo
El brío y la gentileza,
Un contrario le preparan
Vencedor en diez peleas.
Mas de improviso el gentío
Rompe el gallardo Juan Mena,
Mozo apuesto y agraciado,
Dueño de sitios y vegas
Avecindado en las Mangas,
Gallero por excelencia.
Aunque muy excaso de años
En la valla se presenta.
— Cien onzas mas, camarada,
Voy á mi gallo, y lo suelta;
Era el animal la flor
De los gallos de Cepada,
Talisayo, de alta estampa,
Ancha cola, aguda espuela:
Lo amarillo de las plumas
Que con las negras se mezclan.

Forma bellos tornasoles
Que deslumbran y reflejan.
Pero calmóse el bullicio,
La valla en silencio queda,
Ni un acento, ni un murmullo
Turba un instante la escena,
Y el temor y la esperanza
Tiene la gente suspensa.
Dada la señal, furiosos
Se arrojan á la pelea
Los dos terribles rivales
Combatiendo con fiereza,
Como se lanzan dos tigres
Al encontrarse en las selvas
Despedazándose audaces
Con dobles garras sangrientas,
Los sañudos adversarios
Vuelven, y luchan, se empeñan,
Los miembros ensangrentados
Las plumas al aire vuelan.
Al parecer se fatigan
Y abandonan la palestra,
Pero encendidos de nuevo
En la rabia que los ciega
Se embisten, y se entrelazan
Pico á pico, espuela á espuela.
El prieto se vuelve atrás,
El talisayo se acerca,
Cuando de un vuelo, el de Perez
Salta y estrecha al de Mena,
Clávale el pico, y de un golpe

El corazon le atraviesa.
Herido el gallo, vacila,
Gira, y las alas sangrientas
Abre y recoge inclinando
En el suelo la cabeza.
Pero se encarniza el prieto,
Sobre el cadáver pasea,
Lo pica, escarba y sacude,
Y aunque herido canta y vuela.
Óyese un sordo rumor,
Se agita la concurrencia;
Uno corre, otro maldice,
Aquel jugador reniega,
Unos cobran, otros pagan,
Este con gritos atruena,
Formando el estruendo ronco
Del huracan en las selvas.
Envanecióse Juan Perez
Y al regocijo se entrega
Y entre los vivos y aplausos
Que hasta en los montes resuenan,
Al ver que sacan su gallo
Victorioso en la pelea,
Monta de un salto su potro,
Y lanzado en la carrera
Por las escabrosas calles
De las Mangas atraviesa,
Y al tender la oscura noche
El manto de sombras negras
Con el gallo vencedor
Entra triunfante en la Ceiba.

EL COMBATE DE LAS PIRAGUAS

Cortando airosas los mares
Vuelan las bellas piraguas
Que á los combates conduce
El cacique de Bahama.
En el altar se arrodilla,
Jura el guerrero venganza,
Y su belicosa gente
Encamina á nuestras playas.
Pueblan con ecos sonoros
Los aires y las montañas,
Y con los remos y quillas
Las olas atormentadas,
Nevados surcos de espuma
Heridas del sol formaban.
Son los guerreros feroces
De las vecinas Lucayas,
Tienen el rostro severo
Pintas negras y encarnadas,
Y á la merced de los vientos
Las rojas plumas flotaban.
Un cacique los dirige
Tan experto en las batallas,
Que no hay islote en el golfo

Que no cante sus hazañas.
El invierno de la vida
Aun su brazo no doblaba,
Y en los centelleantes ojos
Refleja el fuego del alma.
Un magnífico carcax
Cuelga del hombro á la espalda,
Y en la alta mano suspende
Una nudorosa maza.
« Avancemos, compañeros,
El que espera nada aguarda,
La prudencia hace al cobarde,
El héroe fia en la audacia. »

Dice, y su gente furiosa
Flechas y piedras dispara,
Y avanzando en dobles lineas
Cercan el puerto de Jagua.
Aturde el ruido que forman
Los guerreros en su marcha,
Y el espanto y el terror
En nuestras costas derraman.
Y á lo léjos parecían

Las infernales fantasmas
Que en las tartáreas regiones
Entre las tinieblas vagan. —
Nuestras indias inocentes
Que los cerros coronaban,
Despavoridas corrian
Á las desiertas cabañas,
Suelos los negros cabellos
En las desnudas espaldas,
Y en la cuna de sus hijos
Los bellos ojos fijaban.
Pero apenas el rumor
Oye el cacique de Jagua,
Al fiero Ornoya confía
La salvación de la patria.
Todo es vida y movimiento.
Hierva la gente en las playas,
Resuenan los caracoles,
Cúbrese el mar de piraguas,
Y las lúgubres bocinas
Sordas el aire rasgaban. —
Vuela el cacique al combate,
Y la juventud arrastra,
Ya con el arco ó la piedra,
Ya con el remo ó la maza.
¡Ornoya! el fiero guerrero
Flor de los héroes de Jagua,
Cuyo brazo no vencido
Era el cedro en la montaña,
Y cuya voz excedía
Al trueno que ronco brama,
Y al rayo que corta el aire
En rapidez semejaba;
Da la señal, y sangrientos
Sus guerreros avanzaban,
Y empeñan la récia lid,
Tiñen de sangre las aguas,
Chocan las naves, se estrellan
Y airadas se despedazan
Las dos enemigas tribus
Al soplo de la venganza.
En medio de la pelea
Ornoya el brazo levanta,
Aquí hiere, allí extermina,
Allá empuñando la maza
Abre á un rival la cabeza
Y del cuerpo la separa.
Pero al ver que el enemigo
Dobla irritado su audacia,
Con acento varonil
Á su hueste electriza.
« Compañeros, la victoria
Corona nuestra esperanza,
Combatamos, y seguidme,
Que el que espire en la batalla,
Á la noche del sepulcro
No bajará sin venganza.
¿Qué teméis? Una es la muerte,
Solo la deshonra infama,
Los cuerpos del enemigo

Nos servirán de mortaja,
Al crugido de los huesos
Que hollemos con nuestras plantas. »

Dice; y las naves ligeras
Miden furiosas las aguas,
Cortan el aire las flechas,
El mar sus ondas levanta,
Y se amontonan cayendo
Piedras, troncos, leños, mazas;
Á los golpes se desploma
Una entreabierto piragua,
Y en las rocas puntiagudas
Se oyen estrellar las tablas.
Embravecida la lucha
Se estrechan y se entrelazan
Combatando los rivales
Con enfurecida saña.
En el cráneo del vencido
Las agudas uñas clavan,
Y en las órbitas vacías
Los sangrientos ojos saltan.
Arrancan la cabellera
Del que cayó en la piragua,
Y con la carne aun caliente
Sobre los remos flotaban.
Los guerreros semi-vivos
Arroja el mar en las playas,
Y los fúnebres clamores
El viento lleva en sus alas.
Los tiburones roqueros
En las olas aleteaban,
Y á los héroes insepultos
Con los dientes despedazan.
Lago de sangre es el fondo
De cada hundida piragua,
Nadie vacila en la lucha
Y el laurel de la batalla
Indecisa la victoria
Á los campeones negaba.
Cuando rompiendo las olas
En una hermosa piragua,
Por las filas enemigas
El audaz Ornoya avanza,
Y al génio de las tinieblas
Finge el guerrero en su marcha.
Siguenle doce campeones
Récios de miembros y espaldas,
Ágiles, vivos y osados,
En cuya frente tostada
Azules y blancas plumas
Tintas en sangre flotaban.
Enfurecidos se arrojan,
Y en la enemiga piragua
Acometen al cacique
Que fieramente luchaba
Con el tropel de guerreros
Por arrebatar la palma,
Cuando clavan en sus sienes
Una flecha emponzoñada :

El cacique lanza un grito,
Vacila, cae, y la maza
De la mano moribunda
Suelta al exhalar el alma.
Exclamando en ronco acento
Victoria! Muerte! Bahama!
Al ver caer el guerrero
Infel su gente desmaya,
Y furioso el bravo Ornoya
Rompe, desordena, mata,
Filas enteras derriba,
Y de piragua en piragua
Como el rayo en la tormenta
Atropella, desbarata;
Y en el monton de cadáveres
Su sombra se dibujaba

Como el ángel de la muerte
Que el Universo amenaza.
¡Victoria! gritan cien voces,
Y en la ruidosa algazara,
Victoria! á Ornoya repiten
Las indias en las montañas.
Huye aterrado el vencido,
Baten los remos las aguas,
Y en el vecinó horizonte
El sol las velas doraba;
Hierven las olas, los vientos
Despliegan fieros las alas,
Y en filas de dos en dos,
Con las vencidas piraguas
Y seis caciques rendidos
Entra el vencedor en Jagua.

ORNOYA

En una soberbia plaza
Que erguidas ceibas coronan
Circundada de bambúes
Que al son del viento se encorvan,
Marcha el jóven vencedor
Y con himnos de victoria
Salúdanle los guerreros
Tocando sonoras trompas;
La tribu que le rodea
Bate palmas, ramos corta,
Y las vírgenes del sol
De lirios y de amapolas
Con sus bellísimas manos
La tierra al pasar alfombran.
Cubren la frente del héroe
Los laureles de la gloria,
Rico manto de algodón
Cuelga de la espalda airosa,
Y dispersas en las sienes
Á merced del aire flotan
Entre las nevadas perlas
Plumas azules y rojas.
Avanza con majestad,
La muchedumbre se agolpa,
Y todos los ojos fijan
En su faz bella y radiosa.
¿Por qué con acentos lúgubres
Turban la solemne pompa
Esos ayes melancólicos.
Que escucha la gente atónita?
Ah! los caciques vencidos
Siguen las huellas de Ornoya,
Y sus fúnebres clamores
Mezclan á las voces roncas.
Atados de piés y manos
Ya ni con plumas se adornan
Ni en las vistosas piraguas

Miden sangrientos las olas;
Sin arcos, mazas ni flechas
Encadenados sollozan,
Con lento paso caminan
Ocultando su derrota.
Bajo de un rico dosel
Aguarda el cacique á Ornoya
Y al escuchar el rumor
De los himnos que se entonan,
De las palmas que se baten,
De las flores que se arrojan,
Hacia el altar se adelanta
Y de rodillas se postra,
Suelta la maza y el manto,
Fija la vista en Ornoya,
El pensamiento en el cielo,
El porvenir en la gloria.
« ¡Hijo mio! (clama el indio)
El invierno que me agobia
Con el peso de la edad
El brio á mi aliento roba.
Ya de ochenta primaveras
Vi con su brillante pompa
Cubrirse estos verdes bosques,
Mas con tu hermosa victoria
Siento renacer los años,
Y el corazón se alborozar. —
¡Hijo del Sol! Alza osado
Esa frente dó la gloria
Estampó su eterno sello
Que nunca los tiempos borran.
Tu nombre inmortalizaron
Esas turbulentas ondas,
Cuando entre hundidas piraguas
Diste la muerte á Ornocoya
El cacique de Bahama,
Y cuya solemne historia

Venciendo siglos y siglos
 La inmortalidad corona.
 Al silencio del sepulcro
 Sobrevive tu memoria,
 Y esos caciques vencidos
 Tu hermoso triunfo pregonan.
 El tiempo en su vuelo audaz
 No cubrirá con sus sombras
 El brillo que te ilumina,
 Y la tumba silenciosa
 Nunca para el héroe tiene
 Oscura noche... ¿qué importa
 Que en la furia del combate
 Vuele la muerte, y traidora
 Corte de un soplo una vida
 Que una eternidad corona?
 El mundo la solemniza,
 Y el génio de la victoria
 Con igneas letras esculpe

Las hazañas meritorias. »
 Dice : y con trémulas manos
 Brillantes palmas le adorna,
 Ciñe un collar á su cuello,
 Y cede su maza á Ornoya.
 Marcha el cacique á su tienda,
 La muchedumbre se arroja,
 Al contemplar del anciano
 La figura majestuosa,
 Y rasgan el viento acordes
 Los caracoles y trompas.
 Los ecos en las montañas
 Se oyen repetir Ornoya,
 Retumbando sordamente
 De los cerros á las rocas,
 De los montes á los cayos,
 De los aires á las ondas,
 Y en el lejano horizonte
 El viento responde ¡Ornoya!

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDES

(PLÁCIDO)

Nació en la Habana en 1809.

Valdes, pardo, pobre y humilde, peinetero, sin educacion ninguna, guiado solo por la luz del génio que rasgaba por sí sola las nieblas de la ignorancia, abraza el arpa, inspirado como un oráculo, y entona cantos divinos y á veces acabados. Su lira resonaba apenas la heria el rayo del entusiasmo, sin esfuerzo de ninguna especie.

Aunque hemos dicho que su educacion fué descuidada en su infancia, no por eso dejó de adquirir mas tarde algunos conocimientos literarios; hasta los doce años no visitó mas que una pobre escuela, pero varios hombres ilustrados contribuyeron con sus consejos y libros á fomentar el génio espontáneo de Plácido.

Es imposible que falto de toda regla de literatura y conocimientos de la poesia española, hubiera escrito los romances *Cora* y *Jicotencal*, y especialmente este último. De una novela titulada *Plácido* y *Blanca*, tomó el pseudónimo con que se firmaba por haber simpatizado con el protagonista de esta obra.

En algunas biografías que hemos leído, aseguran que fué esclavo, y que varios jóvenes habaneros contribuyeron para su libertad: existe otro poeta cubano á quien corresponde la historia que equivocadamente se atribuye á Plácido, que es Juan Francisco Manzano.

Plácido nació libre. Mientras ejercía su oficio de peinetero, ensayaba los cantos de su lira desconocida hasta el año de 1834, en que escribió su *Siempre viva*, poesia que fué una de las mas hermosas flores de la corona que los vates cubanos dedicaron al poeta de Granada.

La primera edicion de sus versos, se publicó en Matanzas el año de 1838, con este titulo: *Poesias de Plácido*. Despues se han reimpresso numerosas ediciones de sus versos.

Plácido fué y es interesante por sus luchas consigo mismo, por su amor á la libertad, por los martirios que sufrió, por sus últimos cantos y por su muerte.

Plácido tomó parte en una conspiracion que debia estallar en su patria, con el objeto de separarse de la España; pero habiendo sido descubierta, las autoridades temerosas apresaron á cuantos aparecian comprometidos en ella, y el 27 de junio de 1844, mandaron ejecutar á los cabecillas, en cuyo número se contó Gabriel de la Concepcion Valdes.

Plácido será siempre un timbre para la literatura americana. Le aseguran la inmortalidad varias de sus poesias, y, sobre todo, su patriotismo, sus desgracias y su muerte.

A MARÍA DE LAS MERCEDES SANTA CRUZ Y MONTALVO

Salve, deidad del nuevo mundo, salve
 Á tu preclara cuna,
 Á tu nombre, á tu mágia irresistible,
 Á tu voz dulce, armónica y sensible,
 Cuyo menor cautivo es la fortuna.
 Salve á mi patria, que nacer te viera,
 Á quien tan puros plácemes arrancas,
 Como el disco genial de rosas blancas
 Que circunda tu negra cabellera.

De mis lares honor, yo te bendigo;
 Bendigo el astro pío que alumbraba
 Tu feliz nacimiento,
 Bendigo de tornar el pensamiento
 Á tu pais natal, que verte ansiaba,
 Y aun á las verdes olas que rompía
 Aligero al bajel, cuando impetuoso
 Tesoro tanto á Cuba conducía
 De los mares hundiendo el cáuce undoso,
 Las bendice tambien el alma mia.